

POESÍA E DERECHOS HUMANOS

Marcela Gutiérrez Quevedo

Grado de bachiller por la Universidad Nacional Autónoma de México. Estudiante de la Lic. de Historia y Sociedad Contemporánea. Miembro de Amnistía Internacional.

RESUMEN:

Desarrollo de temas como la Operación Cóndor, la guerra en Centroamérica, la utilización sistemática de fuerzas paramilitares en diversos países de Nuestra América. Todo el trabajo desarrollado impugna la realidad actual en la que las violaciones a los Derechos Humanos forman parte de una realidad brutal.

MIENTRAS ME DESVANEZCO

A todas las personas que hemos sufrido procesos de tortura.

*Tengo miedo de verte
necesidad de verte
esperanza de verte
desazones de verte
Mario Benedetti*

Entonces todo era diferente:
mis ojos, la desnudez,
los sudores del aire,
la luna menguando,
nuestro silencio...
la madrugada.

Prometí no acordarme;
pero mirando por la ranura que deja la
venta floja,
en este breve hálito de soledad,
la luna menguando es quien socorre
para tenderle una trampa al dolor,

lo que ayuda a recordar quién soy, quién
eres;
a humanizarme... y al desvanecimiento.

Entonces, la desnudez era distinta.
Wagner no ocultaba tras sus notas un
alarido.

La oscuridad me situaba en tiempo y espacio;
el misterio era regazo, abrigo...
y yo auguraba ansiosa de dónde vendría la
caricia.

Ahora no es oscuridad ni es misterio:
tinieblas y zozobra es,
y, bajo la capucha, hay que presentir de
dónde llegará el siguiente golpe.

Todo era diferente.
Entonces, el roce tuyo provocaba vibraciones,
ahora, creerte cerca, consterna.

En aquel momento me estremecía escuchar
tu nombre...
hoy, me desvanece.

Aquí no te quiero.
Aquí no.

Porque aquí no es desnudez sino despojo,
es el desgarrar y grito.
La intimidación.
Los orines en la cara,
insultos, fracturas.
Ácido en los ojos.
Los riñones explotados a golpes,
cerebro suspendido,
una mordaza escaldando la boca...
El suplicio que arquea cuerpos.
Lamentos ajenos, heridas propias.
La picana.

¡Aquí no!
Porque aquí no es tu voz y no es mi nombre.
Un número me asignaron...
y cuando lo escucho,
sé que es mi turno en el cuarto de tortura.

Aquí la paradoja:
Está una muerta y duele la carne como si
estuviera viva.
Se recuerda una para no acordarse.
La soledad temprana se convierte en coraza
infranqueable,
en ventaja única: en fortaleza contra las
debilidades.

Y entre lo irreconocible:
la cara desfigurada y el cuerpo famélico y
roto...
tiene uno que explorar profundo, y recon-
ocerse.

Abren la reja de metal.
Su sonido es la amenaza.
¿De quién el turno?

Examino las botas:
el especialista de la picana eléctrica.
Él se cree un heroico patriota,
está convencido de que es buen cristiano:
se jacta de rezar todas las noches por la
salud de Videla.
Repite constantemente: “separar la hierba
mala del trival;
separar la hierba mala del trival...”
mientras me quema el abdomen con su
cigarro.
Luego se va.
Otro llega.

Asegura que no le gusta lo que me ocurre...
Propone terminar todo:
mi desaparición, el encierro, la tortura...

Pero, para eso, tendría que ayudarlo un
poco,
diciéndole, por ejemplo,
dónde se esconden los exiliados chilenos...
o el mecánico y la maestra,
quién y dónde el que escribió los versos...
De mí no sospechan, sino de ti,
les resulta increíble que los haya escrito una
mujer.

Me pregunta si no me gustaría casarme,
un par de niños... un hogar...

*“Mírate aquí, tan joven y como una piltrafa...
y ese ‘bicho colorado’ – ¡además extranjero!
—*

*de ti ni se acuerda, estará jodiendo con
otra...”*

*¡Habla! Aún puedes recuperar todo lo que
perdiste...*

¡Todo, hasta las cosas más simples!

*Te gusta caminar de noche... ¡lo hacías muy
seguido!*

¿no lo deseas?

*Si confiesas podrías... no como antes claro...
¡no como vergüenza social!
no a poner en peligro la paz del país,
ni a involucrarte en acciones sediciosas,
ni a repartir papeletas...
¡Tus pasos tendrían que ser dis-tin-tos! ¡Muy
distintos!*

*...Te quiero ayudar... personalmente no
tengo nada contra ti,
al contrario... juraría que fueron las malas
influencias...*

*tal vez si hubieras tenido un padre, una
madre, hermanos...*

no sé... ¡alguien que te aconsejara!

...De eso se aprovechó ¿verdad?

De que estabas completamente sola.

*¡Ay, mujeres, mujeres, cualquier trovadorcillo
arrabalero las enloquece!*

...Pero puedes enmendar tus errores,
casarte – con un amante de la patria eh –,
pasarnos información de cuando en cuando,
¡contribuir al Proceso de Reorganización
Nacional!

...Formar una familia, conseguir nuevos ami-
gos,
gente decente por supuesto...
En mí, por ejemplo, podrías tener uno...
si comenzamos claro, por ser colaboradores
de trabajo..."

Vomité.
El otro vuelve.

Trajo vino y festejaron la inauguración de su
"nueva casa",
se oía el choque de copas mientras me am-
arraban para empezar la tortura...

Brindan por el que era mi departamento:
ahora es de él.
El "estercolero de libros" que había ahí
– y que ya carbonizó, aclara –,
lo terminaron de convencer:
está seguro que en mis entrañas nace la
subversión...
y ha traído ratones para carcomerlas.
"Van a matar el cáncer del marxismo que
traes adentro"

¡Y se me ahogan en horror los caminos de
arterias!
¡No lo soporto!
¡Qué paren!

En un instante de lucidez, jerarquizo infor-
mación:
me preguntan por mis cómplices...
y lloro, y me desmayo...
Me despiertan, vuelven a preguntar,
y sigo llorando y me vuelvo a desmayar...

El manual que Kissinger les preparó no sirve
para entender esto.

Tampoco el entrenamiento que durante años
recibieron en la Escuela de las Américas.
No comprenden que estoy confesando.
Aquí esos son mis cómplices:
Mi soledad temprana, las lágrimas, el des-
mayo.

Ni siquiera el sacerdote que los acompaña
lo deduce.
Recrimina:

"Has sido contaminación, vergüenza, enfer-
medad social...
¡Arrepiéntete!
¡Aún puedes salvarte de la excomunión!
¡Confiesa!
¿Inmolarse así por una escoria?
¿Quieres condenarte más?
¡Dilo ya por todos los Santos!"

Y otra vez la electricidad, y me convulsiono.
Y otra vez tu nombre... y me desvanezco.

Desperté por los gritos de una obrera re-
cien "chupada"
– así le llaman aquí a la desaparición
forzada, al secuestro –.
Estaba nuevamente con el que hace proposi-
ciones.

Ahora me presume un libro de versos:
"¿Te gusta? ¿Tú estudias literatura, no?"
Dice que va a leer la nota principal de un
periódico:
"Le agradecí personalmente el golpe del 24
de marzo,
que salvó al país de la ignominia,
y le manifesté mi simpatía por haber enfren-
tado
las responsabilidades del gobierno.
Yo nunca he sabido gobernar mi vida,
menos podría gobernar un país".

Me da golpecitos con un dedo en la frente,
y remacha cerca del oído:

*“Jor-ge-Luis-Bor-ges habla sobre el General
Rafael Videla.*

*¿Qué necesitas para entender
que estás del lado equivocado?”*

Luego lee otras palabras y suspira:

“¡Ah, el excelso Borges!

Majestuoso, ¿no crees?

¡Esto sí que es poesía!

...Habla ahora...

*por el momento... puedo dejarte el libro,
cambiarte de celda,*

arreglar que te den buena comida...

podrás ducharte – sin que te espíen –

y no habrá más ratones ni picana...

luego, otra vez a la calle...

¿Qué tal otra casa? ¡Una más grande!

*– la puedes elegir antes de que ‘chupemos’ a
los dueños –*

Te gusta acostarte en el pasto...

*podríamos darte una que tuviera un hermoso
jardín.*

...Dime bonita:

¿Dónde está la sabandija que se cree poeta?”

Vomitó.

Endurece el tono.

“Es tu última oportunidad...

*¿Quieres el libro de Borges o quedarte aquí,
a lamerle el culo hasta a Massera?”*

Volví a vomitar.

En mi cuerpo nos castigan la esperanza a
todas.

Hasta el aire es pestilente ultraje,

el terror todo lo desnaturaliza:
convierte la sexualidad en tragedia.

Violan el cuerpo para erosionar el sueño
que lo habita;

en la posesión, pretenden vulnerar,

humillar el canto de la utopía nuestra.

Aquí es sólo eso: una posesión.

Me dijeron entre risas:

*“Ya que no te gusta la propiedad privada,
aquí, vas a ser de todos...”*

Arrancan la ropa entre insultos y siguen el
escarnio...

esas manos queman, dan nauseas...

su jadeo es como gangrena.

Y se sacian.

Y la impotencia y una repugnancia insoport-
able...

Y otra vez vomitas, y otra vez te cuecen a
patadas

mientras entre risas repiten:

*“...vamos a ver si siguen escribiendo panfle-
tos,*

*ahora que las ‘socializadas’ son sus per-
ras...”*

No es sólo la embestida de testosterona
hambrienta,

quieren extender el ultraje,

hacerlo más colectivo de lo que multitudi-
nario es;

llevarlo más allá de las membranas:

destriparle el corazón a nuestros pasos.

“Nosotros somos Dios” taladran al oído.

Los alardes confirman: aquí es el infierno.

Por eso, escucho tu nombre y me desvane-
zco.

Lo decidí mientras me trasladaban por
aquella carretera,

y cuando atrancaron las puertas de la
ESMA

y arrojaron la primera orden:
¡Levántate perra...avanza!
 Con los pasos que caminamos la luna,
 hice a la lengua un sortilegio.

Abrieron la reja de metal.
 Tras, tras, tras...
 Pasan de largo...
 Se la llevan.

La secuestraron junto a su esposo,
 para que el padre de él se entregara.
 Del pan que a veces le avientan,
 guardó un poco y lo acercaba con sus pies
 a mi boca...

se dieron cuenta.

Nos maniataron a un tubo en el techo,
 así pasamos toda la noche,
 bajo la llovizna que se alucina afuera,
 pero que no calma esta sed.

Aquí, un pedazo enmohecido de pan
 y una gotita de agua, es manjar prohibido.

Para ella, terminó ese escarmiento
 cuando el vientre se le dilató y contrajo.
 Su hijo nació aquí...
 y se escuchaba el llanto del niño recién
 parido,
 y los alaridos tortuosos de su papá.

Y lloraban la madre y el niño,
 se lo arrancaron de las entrañas aún san-
 grantes,
 y les imploraba ¡por Dios! que no se lo qui-
 taran;
 y le escupieron otra vez: *"Dios, somos
 nosotros"*.

No sé que fue del bebé,
 tal vez nadie sepa nunca...

Ella todavía pregunta, implora, ruega...
 a pesar de conocer la respuesta:
 una patada en el vientre.

Nunca los habíamos escuchado suplicar...
 sólo entonces, por su hijo...
 y cuando oigo sus lamentos,
 quisiera compartirles mi coraza,
 mi ventaja única y fortaleza:
 la soledad temprana;
 esa seguridad de que no pueden
 extender el tormento más allá de mi carne.

¡Aquí no te quiero!
 Nada es igual.
 Nada.

La luna está menguando,
 como aquella madrugada.
 Todo era distinto entonces:
 la desnudez, la música, el frío, mi historia.

Entonces era ser humano...
 mujer y compañera...
 aquí, en el "chupadero", me dicen la 609...
 o la "puta del tupamaro",
 como me llama el médico encargado de
 revivirme,
 después de la sesión con el verdugo.

Mientras me torturan sólo deseo la muerte:
 que la picana atraviere el útero, llegue al
 corazón,
 lo queme y detenga para siempre;
 que los pulmones no soporten más el agua
 fétida del "submarino";
 que el desmayo sea cómplice eterno,
 o me apliquen la Ley Fuga,
 o sus técnicas de reavivamiento ya no les
 sirvan...
 o que cumplan su amenaza y me arrojen
 viva al mar.

Otras veces, como hoy,
cuando por la rendija aparece luz de luna,
quisiera una flor de amaranto:
ser una hembra yaguareté rugiendo soli-
taria en la montaña,
penetrar de una gruta los entresijos...
zambullirme en un hontanar de la tierra.

O encaramarme por la corteza de un árbol,
y existir ahí, de noche, sigilosa, agazapada.

Tal vez mariposa diurna con el arco iris
dilatado en las alas;
quizá libélula, una hembra colibrí;
revolotear serena en un pleamar de flores,
o, mejor aún, arrullarme en la bandada
rumbo al piélagos.

O salamandra...
y reptar en la libídine senda que me abrió
tu cuerpo:
que tus humedades sofocaran las heridas.

Bosquejarte con la lengua, allende el vien-
tre,
la pasión subterránea que entrelazan los
dedos,
y amartelarnos en el vaivén de mis caver-
nas,
y mientras me exploras, escuchar, con esa
terneza tuya, mi nombre...
Las hendiduras...tu respiración...
el hechizo placentero...
Carne y sangre y corazón y fuego...
y en la seducción, enredarle las piernas a la
utopía posible,
a lo cardinal, a lo primero...

Pero en el cuarto del martirio,
son los pasos que caminamos la luna,

quienes me ayudan a no acordarme:
ni del tango de Discépolo que tanto nos
gustaba,

ni de nosotros el lugar secreto,
ni de tus manos y sus actividades,
ni de la madrugada y nuestra danza...

La reja de metal se abre de nuevo.
Se acercan.

Tras, tras, tras, tras...
Ahora vienen por mí.

Y otra vez, en mi cuerpo, nos castigan la
esperanza a todas.

Y el dolor perfora la carne.
¡Qué me desmiembren de una vez!
¡Qué esta hemorragia ahogue!
Y se me crispan las venas,
y me retuerzo
y lloro...

Y el sortilegio en la lengua...

¡Vete!
Los glaciares que un día te dieron calor,
ya no pueden más besarte:
con un nuevo exilio tendrás que intimar,
botas militares están violentando la Tierra
del Fuego.

¡Escala el viento blanco del Aconcagua!
Emparejar tu sombra con el ombú no es ya
suficiente,
¡vete!

Atraviesa Chile,
bordea por los ríos su delgadez,
esquiva en su angostura a la caravana de
muerte,
explora entre el frío y los guijarros andinos,
donde las bestias de Pinochet no te desgarran...

A Uruguay no regreses,
aunque sea nostalgia de bosque ribereño tu
aliento.

Versificala la sangre a sus moreras, a una acacia...

a la travesía subterránea de aguas dulces, y vete.

Incluso en el llanto y la nostalgia, que los pasos que caminamos la luna no detengan su silenciosa marcha.

Trepa un mangle, ocúltate en la hojarasca, disimula tu rostro en la marisma.

No interrumpas la marcha en Paraguay: Stroessner Matiauda ahí acecha.

Busca la fraternidad del desposeído, por las colinas boscosas del guaraní. ¡Y vetel!

Cuando pases por Brasil no te quedes en la ciudad. Los dictadores andan a la caza...

Sumérgete en la selva, que te abrace la solidaridad del caimán.

¡Más lejos! Camina. ¡Más!

Deslízate en silencio por Bolivia: Banzer le está despellejando el cielo. ¡Elude la emboscada militar! Que tu refugio sea el colorido del paraba, de la vicuña el pelaje, la quena de un minero.

Y si paras en Venezuela, Colombia o el Perú, ¡cuidado con sus cancerberos! Explora como un camaleón los barrios, ampárate monte abajo, donde de amores y amigos se sabe.

Guarda al corazón en el serpenteo de la yarará, en un coral, guárdalo.

Por las enramadas del yaguar obsidiana anda.

Transfórmate en bambú, se ébano, se quetzal.

Del que nada tiene busca la querencia, llega donde el lagarto enchaquirado y la serpiente cascabel, aparéjate con el despojado de la tierra.

Ve por desiertos de hielo, arrecifes y cañadas y bahías y volcanes, mójate en una ciénega, a la noche desanúdale el cabello.

¡Pero nunca, nunca te atajes cerca del Pentágono!

Ese es el bastión, el origen, el núcleo pútrido de esta bestia: descorazonaron a un ave, usurparon su nombre,

le robaron el vuelo. Del Terrorismo de Estado han hecho una confabulación internacional. "Operación Cóndor" la llamaron.

¡Vete lejos! Que no te alcancen sus garfios... ¡Qué no te despedacen!

Llévate en la médula lo que somos: Los pasos que caminamos la luna.

¡Y alégrate amor!

¡Qué en tu piel se alojó nuestra sonrisa! Reparécenos como un florilegio de poesía en el rostro.

¡Alégrate, amor, baila! Nuestro canto será milonga, será candombe, verso libre sin firma ostentosa. Eco de timbal, de guitarra las cuerdas, un romance. Resonancia de caracol será de nosotros el

canto.

Siébralo contigo en la tierra.

Y luego florezcan, retornen nuestra silueta
en la esperanza.

Siébrate en la tierra como cigarra.

Y luego brota, regresa y canta.

Vete, amor, mientras me desvanezco.

PARTO INCONCLUSO

*...no me pida poemas de amor,
cuando quiero cantar la verdad,
es la vida la que hay que enfrentar,
yo no puedo esconderla en la flor*
Alí Primera

Una noche quise medir sílabas...

Juro que intenté: una, dos, tres, cuatro...
y luego...

Tropecé con cordilleras
y estaban empozoñadas con campos de
entrenamiento

para asesinos.

De tu miseria se alimentaron, Honduras.
Oligarcas artillados, ejecuciones selectivas,
tortura sistemática...
y tus fértiles llanuras, acorazado de terror.

¿Cómo hacer un verso?

Si arrasaron tu tierra ardores y desolación;
alas de quetzal mutilado eres, Guatemala.
Agua Fría, Panzós, Río Negro, Xeatzán;
tortura y alarido y cuerpo desfigurado y
violación...
etnocidio.

¿Un verso? ¿Cómo?

Si la carne se incrustaba entre púas de

alambre.

Es tu corazón río ametrallado, El Salvador.
Mozote, Sumpul...
y la entraña de mujer cercenada y los
lamentos
y triturada la lengua de hombre... y la
impunidad.

¿Se podrán rimar los endecasílabos?

Cuando azotaban a manera de escarpelos
voraces,
te caminaba esperanza entre la hemorra-
gia, Nicaragua.
“contras”, boicot a las cooperativas,
atabales y sonajas saqueadas,
cuerda de ñambar hecha carbón...
Apuñalaron por la espalda a la alegría.

Intenté contar, ¡lo juro!

Una noche quise del amor hacer soneto,
ni siquiera esperaba que fuera demasiado
hermoso, demasiado bueno.

Pero las selvas, flageladas, sangrantes.

Una noche quise...

Y la montaña zaherida, moribundo el
bosque.
Lo intenté, ¡juro que quise hacerlo!
Pero... la habilidad malograda.

Nunca concluí.

Y las brasas estaban ardiendo.
Y no faltaba el amor.

Lo impidieron las lágrimas por el dolor
de las páginas que de la historia ojeaba,
hablaban del río sanguinolento agredido
por tierra y aire;
de la cérvix de una niña violentada por un
escuadrón de muerte,
de la arboleda que destrozó el paso de la

extrema crueldad,
de la selva devastada, entristecida.

De la expoliación,
del mar destripado para quitarle el agua
al pez,
del maíz que no germina en tierra podrida
por Boinas Verdes,
del manantial envenenado,
de la ráfaga crepuscular...
de la noche.

Han sido las lágrimas,
y una habilidad que nació imperfecta...
o que no ha terminado de nacer... como
nuestra alegría.

Eso es lo que lacera:
las contracciones tormentosas de un parto
inconcluso.

Una noche quise hacerlo, ijuro que intenté!
Un soneto de amor.
Pero se complicó el alumbramiento,
y me despedacé contra algo que no puede
medirse en sílabas,
sino en atrocidades:
“Operación Centroamérica”. Made in U.S.A.

SI PUDIERA...

*¡Jamás hombres humanos,
hubo tanto dolor en el pecho, en la solapa, en
la cartera,
en el vaso, en la carnicería, en la aritmética!
Jamás tanto cariño doloroso,
jamás tan cerca arremetió lo lejos
César Vallejo*

Quisiera hacerles el viento,
de ese silbido, que les explota la carne de
maíz.

Quisiera hacerlas resbalar y juguetear en-

tre la hierba,
de ese desplome, contra las piedras.

Quisiera hacerles de guacamaya de fuego
el vuelo,
de ese calor, que calcinante recorre los
huesos.

Quisiera hacerles de flor de amaranto un
beso.

Pero no es el viento, ni la hierba, ni el calor
de un equinoccio...
Es fuego nutrido, tiro en la nuca, incendio.
Tierra arrasada.
De la muerte el beso.

Ha vuelto el paramilitar.
Ha vuelto.

LOS QUE CAMINAMOS

*Caminante, son tus huellas
el camino, y nada más;
caminante, no hay camino,
se hace camino al andar
Antonio Machado*

Persiguen a la poesía,
a un obrero que estudia,
a un niño que imagina,
las pupilas tiernas de
la niña.

Acusan de sediciosa a una madre que por
su hijo desaparecido pregunta,
a esas piernas que van dando fruto en el
arado,
a manos que por mejores salarios luchan,
a la mujer que comparte con la noche sus
sueños,
al hombre que a su compañera de amor
busca...

Azotan el nido de barro de un flamenco,
las coplas de las aves,
las plumas,
los cantos,
el viento.

Nos persiguen de Discépolo el tango que
prohibieron,
nos persiguen el pincel,
el verso libre,
los colores, la
esperanza,
los besos...
la danza

Nos persiguen, nos acusan,
criminalizan la protesta social,
y decirnos subversivos, terroristas, guerril-
leros,
es el pretexto de estas bestias para azotar-
nos los sueños.

Y nosotros somos el obrero,
la madre,
el hombre,
la mujer.

Somos las manos,
las piernas
el nido de barro.
Somos las
plumas,
el
tango que danza clandestino,
el verso libre,
la canción, el libro... somos el pincel.

Somos el hermano, la hermana,
las soñadoras de todas las tierras,
la orquídea europea,
la lila asiática,
la violeta
africana.

Somos las estrellas,
las letras,
delfín de agua aus-
traliana,
somos arco iris
de libélulas.

Somos los colores,
los cantos.
El corazón de Latinoamérica.

Somos el viento.
Somos de una niña la sonrisa,
somos aún en el silencio.

Somos gaita, tambor, marimba.

Somos la tierra, el agua, el fuego.

Y la luna caminamos,
y nos cobija los pasos,
somos nosotros, somos nosotras,
un tierno abrazo.

Somos los soñadores de todo el mundo,
las soñadoras corazón de toda
tierra,
quienes la esperanza andamos,
quienes la luna con los
pasos caminamos.

UN ORGASMO QUE GANAR

*Los proletarios no tienen nada que perder,
salvo sus cadenas,
tienen en cambio, un mundo entero que ganar.
Carlos Marx, Federico Engels*

*El derrocamiento del derecho materno
fue la gran derrota histórica del sexo fe-
menino en todo el mundo.
El hombre empuñó también las riendas de la
casa;
la mujer se vio degradada, convertida en*

*servidora,
en la esclava de la lujuria del hombre,
en un simple instrumento de reproducción.
Federico Engels*

*Mi táctica es hablarte y escucharte
construir con palabras
un puente indestructible
Mario Benedetti*

Podría intentar una sextina erótica,
de la lengua, cuando explora, arriesgar un
soneto,
con las humedades incendiadas improvisarle
carne a una loa,
auxiliarme en la hipérbole e hilvanar place-
res de leyenda.

¿Quién sabe?

Quizá la resulta no fuera mala del todo,
con un poco de suerte, tampoco mera fan-
tasía.

Podría intentar hacerlo tan escandaloso
que ruborizara a la mismísima Xochiquétzal,
enloquecerlo con onomatopeyas,
anástrofes dionisiacas y anáforas delirantes,
pleonasmos ardientes,
un polisíndeton excitado,
y el ritmo, absolutamente desenfrenado,
digno de asfixiar puntos suspensivos y cen-
suras:
pareados, cuartetos, sextillas...
Todo un alboroto.
Una apasionante algarabía.

Podría intentarlo...

El problema son sus ramificaciones más
salvajes,
las ligaduras que están cerca de sucumbir:
hoy casi son una nostálgica elegía.
Tristes tendrían que ser las voces de su com-
posición.
¿Cómo hacer gozosas rimas?

Si aun cuando a sus ancestros les debemos
el placer,
se extingue el fuego entre reptiles.

Sólo versos fúnebres para la pasión en-
roscada de las anacondas,
y sus lenguas bífidas incitando al romance,
y la fragancia que las mantiene retorcién-
dose enardecidas.

Penosos vocablos narrarán el sentido bifur-
cado del lagarto gila,
lastimeros, el contoneo rítmico de dos sala-
mandras,
de la noche en que copulan, de la tierra en
que se abrazan.

Por el momento, no puede ser de otra
manera.

Desconsoladas poesías tendrían que ser.
Sólo tristeza y muerte el capital está enrai-
zando,
las humedades se secan, el glaciario se eva-
pora,
la lluvia ácida todo lo quema y se une al
NAPALM hambriento.

Y en las selvas la excitación de la ley de
oferta y demanda somete,
y su expansión todo lo desertifica, todo lo
arrasa.

Y la ley de la mayor ganancia en los mares
mancilla.

Y todo lo enajena y todo lo corrompe.

Para la vida y el placer, naturalmente,
sólo harían falta secreciones y bamboleos,
pero hoy es tan incierto el arco iris del sexo
y sus ramas salvajes,
que pronto no se podrá escribir, sino en
tiempo pasado,
de caricias sobre el lomo, trompas y hocicos
entrelazados,
miradas insinuantes, correteos...

No habrá más encendidas romanzas salvajes,
no coloridas plumas, no seductores vuelos.

Si así siguen las cosas, en pasado también se hablará
del aroma a hembra yaguar ungido en los árboles,
de su seductor tornear el cuerpo sobre la tierra,
del rugido penetrante y el seseo.

Ni sextina erótica,
ni soneto,
ni placeres de leyenda.

Si en este momento intentara un cantar a las delicias del deseo,
no podría ser una rapsodia amorosa,
ni novela de fuego: epitalamio sería.

Incluso de cualidades dulces,
construida con delicadas insinuaciones,
y aunque perfumara rimas y voluptuosidades,
y escribiera verso de pie quebrado a los cuerpos cavernosos.
Y aunque adornara letras y flujos y gemidos y vaivenes...

y de las contracciones de membrana hiciera metáforas puras....
Aun cuando con esmero cultivara un perfecto castellano;
y aprendiera reglas gramaticales,
recursos literarios,
ortografía.
Aun con palabras rimbombantes:
sería un epitalamio, triste como elegía.

Entonces, el problema: ocultar las verdaderas relaciones.

Y...

¿Con qué eufemismo suavizaría la relación

carnal,
entre un macho proveedor y □"SU" hembra-esclava doméstica-objeto sexual?
¿Y las relaciones de producción obrera-patrón?
¿De dominación trabajadora de la tierra-cacique?
¿Y las relaciones empleada doméstica-patrona?
¿Y las de un cuerpo que pare y cría fuerza de trabajo
y aquel que lo golpea y humilla?

¿Con qué eufemismo?

¿Cómo se ocultan las relaciones:
acumulación del dolor-desacumulación originaria de capital?

¿Y las diferencias entre ser atacada por frivolidades de palacio,
o ultrajada por militares en la montaña?

¿Y la prostitución? ¿Y la pornografía?

¿Y el canto de gesta que componen las presunciones fálicas de un General?

¿Y las ansias descontroladas de esa red internacional de pederastas que se llama "Clero"?

¿Y los trabajos de mujer que se cuentan en "horas-hombre"?

¿Y sus sudores que se malbaratan o niegan?

Si hiciera el intento...

si intentara poetizar al erotismo,

tendría que esmerarme:

cultivar palabras y silenciarlas,

aprender a disfrutar dolores de corazón

versificado en cabo roto,

extirparle a las letras la sangre y carne y la humanidad y el sentido.

En este momento, no podría ser de otra manera:

con sílabas aumentar los senos, hasta convertirlos en ¿verso de arte mayor?

Utilizar un zeugma simple que redujera

abultamientos de abdomen,
nuevos tropos literarios incrementando el
volumen de las caderas,
una sinalefa para estrechar cinturas, y, a
toda costa,
evitar figuras de diálogo y argumentación.

Hoy no puedo escribirlo.
Sería un garabato sobre relaciones carnales
de un hombre y "SU" mujer,
o de los deseos reprimidos de una esposa,
de la "señora de...",
o del cuerpo de "puta" a quien sólo le res-
petan el apellido paterno.

¡No quiero!

¿Para qué escribir el epitalamio que cante a
la "unión" y reproducción
del hombre que, para intercambiar en el
mercado, sólo tiene su fuerza de trabajo...
y la de "SU esposa" y la de "SUS hijos"?

¿Cómo ocultar la relación: monogamia-pro-
ceso de extracción de plusvalía?

¿Y el contrato matrimonial con el desa-
sosiego?

¿Y las mujeres que para amarse refugian la
piel en un escondrijo?

¿Y el hombre asesinado porque con otro
hombre compartió el placer?

¿Y los desprecios y explotaciones que cu-
ando se es mujer se multiplican?

Hoy no puedo escribirlo.

No quiero.

No habría forma para adornar un deleite
que no puede ser sincero,
si se trata de olvidar que se revuelcan algu-
nos sobre el lujo,
tragando sudor ajeno.

Hoy no.

Serían genitalidades en sí y no erotismo
para sí.

Porque nunca es natural un apareamiento en

cautiverio.

Ni en un bosque tropical al que exprimen la
ganancia y sólo muerte dejan.

Ni en los satíricos hedores de la especu-
lación.

Ni sometida a los arpones mordaces del
monopolio.

En este momento, no podría ser de otra
manera.

Terminaría negando la alfaguara del
placer,
y la palabra de antiguas rocas que cuentan
sensualidades humanas.

Y olvidando las opresiones que,
mientras se estancaba el paso trashumante,
desnaturalizaron al menstruo.

Tendría que esconder, entre renglones,
las propiedades privadas que nacieron
sobre muslos y herramientas
cuando el ser humano se arraigó, como las
semillas, en la tierra.

No quiero escribirlo hoy,
ahora que la mujer y sus cadencias tienen
precio

y en el mercado se discontinuó el corazón
al fémur de hombre.

Y está extinguiendo los amores,
y cuando penetra sólo deja marea negra,
y manantial intoxicado,
y sabanas destruidas,
y arrecifes derrumbados.

Y dolencias...

y exhumanos.

Hoy no puedo escribirlo:
tendría que amputarle la tibieza.

Hasta que se unan en cópula perenne el
erotismo y la esperanza,
y aticen con sus placeres las horas-fuego.

Y les arrebatemos nuestro cuerpo:
desprivaticemos las caderas,
quitemos las discriminaciones al goce...
y lo androcéntrico a los besos.

Hoy no quiero,
primero tenemos que expropiarles la poesía,
abolir las horas-hombre, convertirlas en
horas-ternura,
anular incrustaciones, colonialismos y celibatos,
sermones, virginidades, nacionalismos, reprimendas.

Primero tenemos que suprimir la perversión
del plusvalor...
Desposeerles los medios para producir y
reproducir satisfacciones,
y perder lo único, las cadenas:
extirpar este epitalamio coreado por capitalistas y patriarcas.

Si ahora sólo se riman amarguras y miserias
y horrores.
Si todos los endecasílabos son sangrientos.
Hoy no me da la gana escribirlo...

A menos...
que tu vientre el pergamino sea,
y que nuestros placeres de carne y corazón
y esperanza,
una barricada de amor inflamen.

A menos...
Que sobre tu cuerpo sea,
y que unidad táctica de humedades y de
sueños sea.